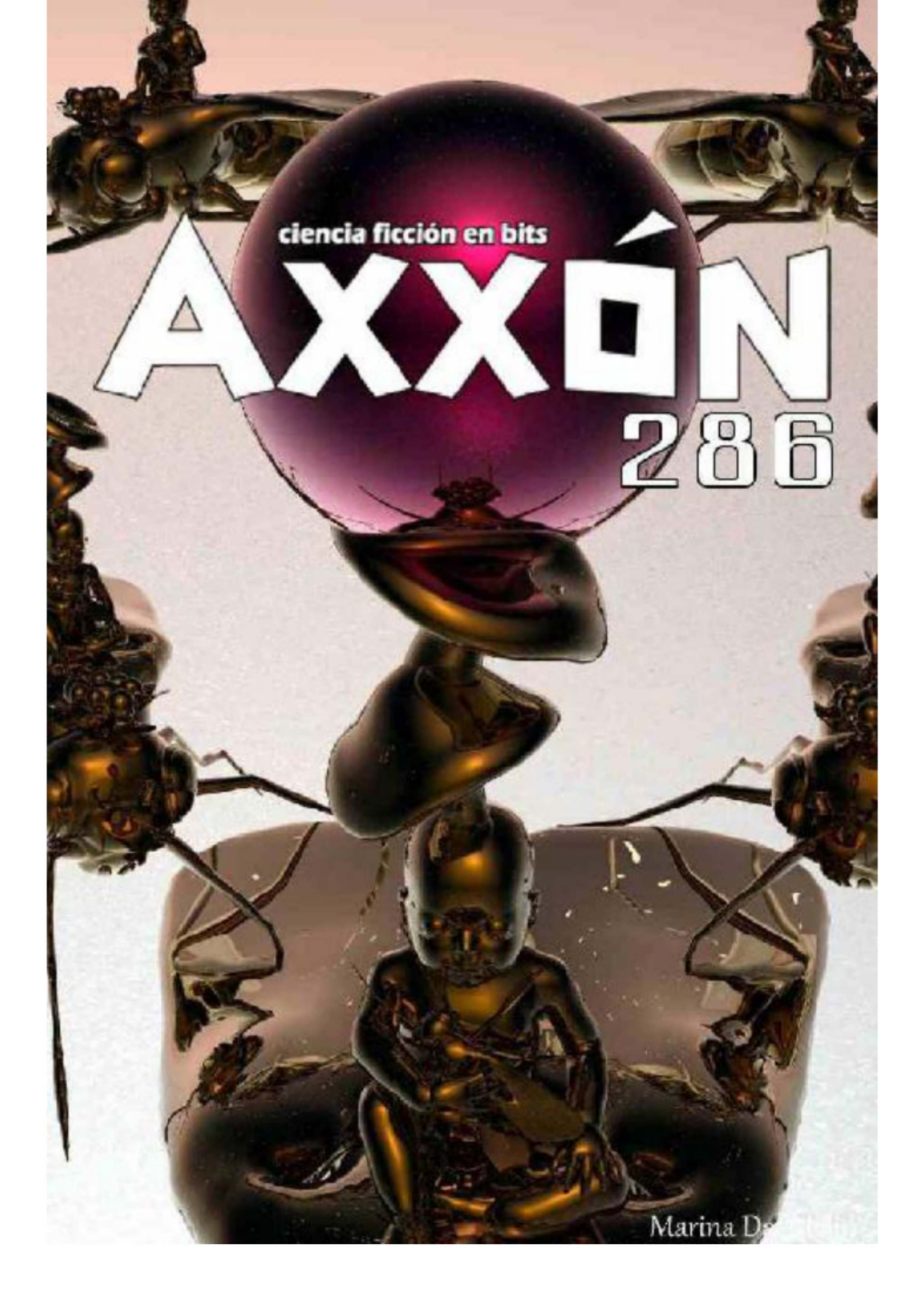

ciencia ficción en bits
AXXÓN
286

Axxón 286, octubre de 2018

- **Editorial:** McLecturas, Marcelo Huerta San Martín
- **Ficciones:** Morgellons, Laura Velázquez
- **Ficciones:** El rostro en la oscuridad, Deborah Walker
- **Ficciones:** L’incantatore, Pablo Julián Vázquez
- **Ficciones:** Julia otra vez, Álvaro Morales
- **Ficciones:** Memoria histórica, Ibai Otxoa Gil
- **Equipo:** Equipo, Axxón

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 286

ARGENTINA

Siempre me ha llamado la atención la reticencia de algunas personas para leer ciencia ficción; en muchos casos pasa lo mismo con la fantasía. Dado que no son, exactamente, géneros, sino más bien escenarios que diversos géneros pueden utilizar, siempre me resultó curioso.

Después de todo, tenemos ejemplos de novela negra en entornos de cf (*Altered Carbon*) o de fantasía (las primeras novelas de la serie de *Dresden Files*), así como también humor (Fredric Brown ha escrito algunas desopilantes historias de cf, y Terry Pratchett tiene el *Mundodisco* entero lleno de humor basado en la fantasía), antropología (la mención de Ursula K. LeGuin resultará obvia en este punto), religión (la novela *Un caso de conciencia* y el corrosivo y alucinógeno cuento *La fe de nuestros padres* son claros ejemplos) y seguramente los lectores podrán añadir ejemplos interminables de cada uno de los temas transitados por la corriente principal de la literatura, pero ambientados en entornos cienciaficcionales o fantásticos. Los lectores de todos esos temas quizá se sintieran atraídos por la cf que los trata, pero en muchos casos no ocurre así.

Entonces, ¿por qué?

Ursula LeGuin describe un tipo de lector que participa de este tipo de prejuicio. La cita de su prólogo a *«Un pescador del mar interior»* es famosa:

> "Mucha gente siente auténtico terror y se deprime si tiene que pensar en algo con lo que no está familiarizado; se sienten inseguros. Si no es algo sobre lo que ya lo saben todo, no lo leen; si es un color diferente, lo odian; si no es McDonalds, no lo comen. No les interesa saber que el mundo existía antes que

ellos, que es más grande que ellos, y que seguirá existiendo sin ellos. No les gusta la historia. No les gusta la ciencia ficción. Coman ellos en McDonalds y sean felices en el Cielo.”

Hay quien encuentra ofensiva esta descripción. En cambio, siempre he considerado que la exactitud en la descripción no debería ofender, pero si es el caso, la responsabilidad de esa emoción es de quien experimenta la ofensa y no de quien describe.

Pero acaso se trate de una incapacidad personal. El arrobamiento de algunas personas por la poesía me resulta claramente inexplicable, por ejemplo. Quizá disfrute un buen *limerick* o un poema con temática de cf, pero en general no me conmueven. (Tampoco siento esa maravilla ante la inmensidad de ciertos aspectos la naturaleza. Entre mis conocidos es motivo de hilaridad que mi expresión más intensa de disfrute al visitar las Cataratas del Iguazú fue algo así como “Lindo, che”. Gocé mucho al experimentar el lugar en persona, pero no era esa fascinación al borde de las lágrimas que parecen experimentar otros.)

La potencia de la ciencia ficción (podríamos matizar y decir: *de cierta ciencia ficción*) como punto de partida para hacernos preguntas sobre la condición humana es algo que muchos disfrutamos y aceptamos. A los lectores de Axxón esta noción no se les escapa. ¿Por qué a otros lectores nada de eso les interesa, más allá del gusto personal?

No tengo una respuesta. Me pregunto y les pregunto. Si quieren, podemos charlarlo por aquí.

Los textos de este número de Axxón corresponden, salvo en el caso de *L’incantatore*, de Pablo Julián Vázquez, a autores que ya han sido publicados en Axxón al menos una vez. Esperamos que los disfruten y nos comenten sus pareceres.

Morgellons

Laura Velázquez

 **ARGENTINA**

Febrero 12, Año 2017



Ilustración: Pedro Bel

He ido quedándome sola, por vergüenza, por miedo, por mi carácter irritable y porque ni yo sé explicar qué me pasa.

La terapia hace rato que la dejé, me quedan pocas pastillas, pero no voy a volver. Tengo miedo de que me quieran internar y además he notado que estoy ahuyentando a la gente con mi aspecto.

El malestar empezó hace unos meses y después acaba como surgió, de noche y sin darme cuenta. Una vez se ha ido, me ilusiono con que todo acabó, pero de golpe regresa y cada vez es peor que la anterior y no diferencio realidad de ficción.

Por eso escribo. Escribo para creer que esto me pasa en verdad y que puede haber algo que me ayude a no morir.

Febrero 13, Año 2017

Al principio creí que eran pesadillas, que la incomodidad se debía al mal dormir, y que con recuperar el sueño bastaría, pero los síntomas, al contrario de menguar aparecían potenciados y comprobé asustada que lo que me estaba pasando era real y no podía hacer nada para evitarlo.

Marzo 03, Año 2017

Enciendo un cigarrillo y hace rato que superé la cantidad diaria autoimpuesta, pero la angustia es insoportable y las agujas del reloj avanzan como una maza que cae a plomo sobre mi pecho, pero me mantiene con vida y con la suficiente conciencia como para intuir que aún hay que seguir en estas condiciones y lo peor, lo más terrorífico, para saber que quizá nunca termine.

No creí que pudiera servirme, pero hoy busqué al enfermero que se fijó en mí la última vez que visité a la psiquiatra.

A pesar de mi aspecto, no fue difícil llevarlo a mi cama y ahora tengo una buena reserva de pastillas.

Sé que las roba para mí. No me importa lo que haga él, ni lo que yo tenga que hacer para conseguirlas.

Marzo 18, Año 2017

Las cosas han empeorado desde la última vez que escribí, me pica mucho la cabeza y me arranco con histeria mechones de pelo para mirar frente al espejo que hay ahí, pero solo veo puntos sanguinolentos donde antes había cabello.

Marzo 20, Año 2017

Tengo que taparme la cabeza pero igual salgo a caminar y fantaseo con una vida normal y en el espejismo en que entro, mis labios forman una mueca que intenta ser sonrisa, mis ojos empiezan a brillar un poco, pero un viento gris difumina todo y borra la imagen y la sonrisa. Los ojos vuelven a ser opacos, el desaliento regresa y enciendo otro cigarrillo. De camino a casa entré a una farmacia y sin saber la razón, compré un bisturí.

Lo llevo en mi bolsillo cuidadosamente enfundado, sentirlo junto a mi muslo me alarmó al principio pero ahora lo extraño si lo tengo lejos.

Marzo 27, Año 2017

Los últimos dos días los he pasado en la bañera, el agua fría me adormece el cuerpo y alivia las molestias. Ya no temo al bisturí y me hurgo los talones, también levanté las cutículas de mis uñas, pero sigo sin

encontrar que provoca este tormento que me saca de quicio.

Marzo 28, Año 2017

Salí de la bañera porque me duelen los huesos y necesito algo mullido donde descansar pero la picazón me enloquece y no paro de rascarme hasta que veo el borde libre de las uñas, rojo otra vez.

Siempre me lastimo cuando el hormigueo me desborda, sobre todo de noche, cuando me quedo quieta.

Abril 03, Año 2017

Hoy perdí el control y otra vez, tengo heridas nuevas por encima de costras antiguas y no quiero hacerlo pero vuelvo a las pastillas porque las noches son eternas en mi cama y el amanecer me encuentra sobre sangre seca en las sábanas, oliendo a tabaco y los ojos escocidos por el desvelo.

Junio 07, Año 2017

He pasado mucho tiempo sin escribir porque el único lugar donde encuentro algo de calma es en la bañera y aunque sea incómodo y pase frío, lo prefiero, porque ahí dentro mi mente se escapa y parece que volviera a ser alguien normal.

Junio 10, Año 2017

Aunque esté tanto tiempo en el agua, parezco una mujer sucia que pasa de rascarse la cabeza a los brazos, a las piernas, a la espalda, hasta que tropiezo con la mirada de alguien impresionado porque ya me volví a lastimar y a sacar sangre. Por eso las veces que salgo a la calle lo hago de noche y así puedo esconder en lo que me he convertido.

Junio 12, Año 2017

Salgo a la calle en busca de alcohol y tabaco, además, mantenerme en movimiento parece que calmara el hormigueo interior. Camino sin rumbo y en la vereda un hombre con hedor a vino y meados me increpa desde el suelo por patear sus cartones, pero no me importa.

—¿¡Y por dónde querés que cruce si no hay lugar!? —grito a un conductor que me mira incrédulo porque ni siquiera me habló—. Peleo mentalmente con cada persona que me cruzo, aunque ninguno se fija en mí.

Tengo la certeza de estar en una dimensión paralela donde todo transcurre ajeno a mi persona, de manera lenta con un tiempo adormecido y al mirar mis brazos, veo una estela que dejan éstos al moverse mientras avanzo.

Octubre 10, Año 2017

Retomo hoy lo que creo es la crónica de mi locura, de mi muerte lenta y demasiado larga.

He encontrado el cuaderno donde escribía todo esto, lo pensaba perdido y apareció entre el montón de basura en que se ha convertido mi departamento.

Octubre 11, Año 2017

Esta mañana desperté gritando, soñaba que estaba en la bañera, pero mi aspecto era el de un cadáver en putrefacción sumergido al completo.

Siento que estoy llegando al límite. No aguanto más y escapo a la calle.

Esperé al enfermero a la salida del hospital para tratar de conseguir medicación. Ya no le interesó mi cuerpo, creo que me echó asqueado al verme y tampoco aceptó dinero.

Me hizo enojar tanto que lo maté.

Se desangró adelante mío con el bisturí enterrado en su cuello.

Se lo saqué con cuidado y caminé tranquila.

Volví de dar vueltas entrada la noche, encendí un cigarrillo y empecé a beber.

Noviembre 01, Año 2017

Recién abro los ojos con una mezcla de resaca y la sensación de haber recibido una paliza, no recuerdo nada y creo que hace días que no echo algo a mi estómago, así que busco cualquier cosa para comer.

Me duele todo, estoy llena de magulladuras, miro mi antebrazo con

atención y allí, por primera vez, los veo.

Bailan, los gusanos que están debajo de mi piel, están bailando.

Ellos han invadido mi cuerpo, después de tanto tiempo, sé lo que tengo.

Caminando con dificultad llego hasta el espejo, pego mi cara a él y en ambas escleróticas, nadan como en un estanque.

Rascándome coléricamente, busco con torpeza una pinza de depilar, pero no consigo agarrarlos.

Febrero 14, Año 2018

Ahora empiezo a recordar lo que pasó después del descubrimiento, son imágenes sueltas, pero sé que rompí el espejo con mis puños y con un trozo de éste, sajé mis muslos. Mi carne estaba abierta pero los parásitos se perdían entre la sangre que brotaba a raudales.

Con la intención de dar salida libre a los insectos, enterré el bisturí en uno de mis ojos. Grité por el dolor y me desmayé. Después de eso no sé nada de lo que vino, solo escucho sirenas y veo desconocidos corriendo a mi lado.

Febrero 15, Año 2018



Ilustración: Pedro Bel

Por lo que me han contado acá, me encontraron gracias a mis vecinos, que alarmados por los gritos, llamaron a la policía pensando que estaban asesinando a alguien dentro. El escenario que descubrieron parecía un baño de sangre.

Y sí, la verdad es que estaban matando a alguien.

Ahora tengo un solo ojo, el cuerpo lleno de cicatrices y sé que nunca

voy a salir de este hospital. Pero estoy bien, ya no me lastimo rascándome y no han vuelto los parásitos.

Por la forma en que me tratan, creo que les parezco peligrosa, puede que tenga que ver con el incidente del enfermero.

Esos papeles en los que escribía me delataron, en ese momento no sabía que estaba dejando impresa mi confesión. Aunque considero que se trató de una cuestión de supervivencia, yo solo buscaba alivio y él me lo negó.

Ya había olvidado el asunto del hombre hasta que vino una mujer mayor y quiso golpearme mientras gritaba.

A mí me aislaron y a ella se la llevaron. Después supe que era la madre de mi víctima.

Por las dudas me hice de un nuevo bisturí que robé en la enfermería mientras me revisaban de los golpes recibidos.

A veces, por las noches, temo que las larvas regresen pero me calmo pensando que si vuelven a entrar gusanos en mi organismo, les daré salida por la abertura que planeo hacer en mi cuello, entonces abrazo mi almohada, palpo el bisturí oculto en su interior y duermo tranquila.

Laura Edith Velázquez nació el 07 de noviembre de 1981, en Argentina, provincia de Mendoza. Auxiliar de enfermería de profesión, y amante de las letras por herencia paterna. En 2013 obtuvo el segundo premio en el XIII Encuentro Nacional y latinoamericano de escritores en Tierra Malbec, Luján de Cuyo en la categoría de cuento. Ha participado en publicaciones en revistas como Cronopios y El Narratorio. En 2015 editó su primer libro titulado "Desde mi sangre" cuyos microrrelatos y cuentos giran en torno a una temática gótica y esotérica. En la actualidad participa como *betatester* para el proyecto Librojuegos basados en las novelas de H. P. Lovecraft organizado por Choose.Cthulhu.

El rostro en la oscuridad

Deborah Walker

 **REINO UNIDO**

Las horas del Conglomerado avanzaban. En el régimen de veinticuatro horas del hábitat, las luces automáticas se apagaban para simular la noche. Las persianas nocturnas se cerraban. En todas las colonias del Conglomerado, el tiempo está unificado y es indiferente a la rotación de los soles locales.

Dan yacía en la oscuridad, contando las profundas y lentas respiraciones de su esposa, dejándose llevar por el sueño, hasta que… lo vio. Tuvo un escalofrío.

—¿Qué sucede? —susurró Arrelle.

—Creí que estabas dormida.

—No.

La cama era pequeña, pero Arrelle parecía estar demasiado lejos. Dan se acercó más y sintió la calidez de su cuerpo.

—¿Viste uno? —preguntó ella.

—Está junto a la ventana. —Dan señaló las sombras, la figura que se recortaba en la oscuridad. La forma indefinida, pequeña, caminaba con movimientos espasmódicos, como una grabación gastada hecha con un dispositivo anticuado.

—Lo veo —dijo Arrelle con una voz vacía de inflexiones—. Hoy el doctor volvió a hacer los análisis. Dice que el aire está limpio. No hay trazas de alucinógenos.

La figura sombría se movió unos centímetros.

—Comienzo a pensar que todos nos hemos vuelto locos —dijo Arrelle.

Dan no dijo nada.

—¿Me oíste, Dan?

Dan vaciló antes de responder:

—Mañana el Padre McConnell intentará otro exorcismo.

Arrelle suspiró. —No servirá de nada.

McConnell, el sacerdote trans-fe de la colonia, había leído el *Libro de*

la Devoción del Conglomerado e intentado diferentes exorcismos. Todas las cosas humanas tienen valor. La fe había quedado nivelada en un plano de igualdad. Un exorcismo católico era igual a un cántico de oración vudú o a un mantra védico. Este caso lo demostraba. Todas y cada una de las expulsiones de McConnell habían tenido el mismo resultado: el fracaso.

—¿Qué piensas que quiere, Dan?

—No… no lo sé. —¿Los muertos pueden querer algo?—. Quizás es solo un fantasma residual. —Era la teoría más popular en los laboratorios de datos—. Apenas un eco. Algo adherido al aire o las rocas de este planeta.

—¿La teoría de la Cinta de Piedra? ¿Crees que son recuerdos alienígenas que, de algún modo, quedaron impresos en los muros? ¿Un eco psíquico? —preguntó Arrelle. Miró la sombra que reptaba por la pared—. ¿Cómo puede ser cierto? No tiene ningún sentido. El Conglomerado no reconoce la existencia de fenómenos psíquicos.

—Lo sé —dijo Dan—. Y han hecho las pruebas. No hay perturbaciones electromagnéticas, ni cambios en la ionización, ni cambios en los niveles de radiación. No hay nada que podamos detectar.

Arrelle tocó el brazo de Dan.

—¿Por qué no puedes hacer algo? Trabajas en los laboratorios. ¿Por qué no haces algo?

—Soy geólogo, Arrelle —dijo Dan—. Los equipos de medicina y física están haciendo todo lo que pueden. —De hecho, parecía que casi todas las conversaciones en los laboratorios de datos consistían en especulaciones sobre los visitantes nocturnos. Estaban muy retrasados respecto del cronograma del Conglomerado.



Ilustración: Pedro Bel

Arrelle se cubrió con las sábanas hasta el cuello.

—Tengo mucho frío.

—Es tu imaginación. —Dan oprimió un comando de la pulsera que llevaba en la muñeca. Le puso una pequeña pantalla delante de los ojos, iluminando su rostro con el parpadeo de la fluorescencia claroscura—. Mira —dijo—. La temperatura no cambió.

—¿Y por qué tengo tanto frío?

La figura sombría giró la cabeza. Su ojo rojo colgaba en el cielo de su rostro como una acusación. Levantó tres brazos por encima de su cabeza y, lentamente, esbozó un gesto incomprensible.

—Volví a leer los protocolos de primer contacto del Conglomerado —dijo Arrelle.

—¿Cómo podemos establecer un primer contacto con esa cosa?

—Quiero intentarlo, Dan. No podemos vivir así.

—¿Y qué le dirías?

—Le diría que lo lamentamos mucho.

En el rostro de la sombra, se formó un pequeño óvalo de luz roja.

—El ojo está abierto —dijo Dan—. Significa que pronto se irá.

Dan y Arrelle observaron a la sombra desplazándose por la pared. Cuando llegó a la esquina, desapareció de la vista.

—Ojalá pudiéramos irnos —dijo Arrelle. Se cubrió más con las sábanas, doblando el cuerpo y poniendo las rodillas contra el pecho.

—Sabes que no podemos —dijo Dan. Era imposible marcharse de una colonia del Conglomerado. Cuando una nave sembradora depositaba los cuerpos congelados, seguía avanzando por el sendero de expansión del Conglomerado tras las naves exploradoras. La colonización era un proceso eficiente y automatizado. Los colonos, lentamente, se derretían y volvían a la vida para despertar en una colonia segura y habitable, fabricada por los autodrones soldados y constructores.

Dan suspiró. Salió de la cama y buscó su bata. Sin importar qué dijera la computadora, hacía frío en la habitación. Caminó hasta la ventana y tocó un botón para abrir el iris de las persianas. La próxima vez que lo viera, se quedaría callado. Hablar del tema con Arrelle empeoraba las cosas. Fuera lo que fuera esa sombra, Dan no podía hacer nada por ella.



Ilustración: Pedro Bel

El sol, como un ojo rojo colgado del cielo, proyectaba largas sombras. A la distancia, contra el cielo rojizo-rosa, las torres de la ciudad en ruinas eran agujas del color del hueso que se extendían hacia el horizonte. Alguna vez debió ser maravillosa. Dan vio un vehículo Humvee desechado del Conglomerado. Vio los restos de un autodrone soldado. Vio los campos con tres esqueletos armados… huesos grandes y pequeños disolviéndose lentamente en la atmósfera ácida.

—No es culpa nuestra —susurró Dan—. No lo sabíamos.

—Nunca preguntamos —dijo Arrelle—. Solo aceptamos la oferta del Conglomerado.

En el horizonte, se movieron las sombras… los restos de los muertos desalojados que se resistían a abandonar su hogar.

Título original: *Face in the dark* © Deborah Walker

Traducción: Claudia De Bella © 2018

Deborah Walker creció en la ciudad más inglesa de su país, Ripley, pero pronto se mudó a Londres, donde ahora vive con su pareja, Chris, y sus dos pequeños hijos. Pueden encontrar a Deborah en el Museo Británico deambulando entre el pasado para conseguir inspiración futura o en su blog. Sus relatos han aparecido en Nature's Futures, Cosmos, Daily of Science Fiction y en Year Best SF 18.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: «PURO Y SIN SABOR», «OVOIDES», «LA TÍA MERKEL», «VÁLIDA PARA ALGO», «SIBYL»

L'incantatore

Pablo Julián Vázquez

ARGENTINA

Allá por el setenta y cinco ocurrió la invocación; yo tenía veintiséis años y creía sabérmelas todas, nadie tenía la razón excepto por mí. En esa época empecé a interesarme por las ciencias ocultas y la magia. Estudié a los celtas, a los alquimistas, a los brujos de toda Europa durante el oscurantismo y leí trozos de manuscritos de Flamel, Paracelso, Trismegisto y Agrippa. Me tragaba toda la información con el interés de un niño por los cuentos de hadas. Solía decir a las personas que lo leía por gusto. Pero en realidad, muy en el fondo, quería creer que todo ese mundo existía en verdad.



Ilustración: Marina Arien

La búsqueda de información, dio paso entonces a la experimentación. Consulté cuanta biblioteca tuviese disponible volúmenes que refiriesen al auge de la hechicería, me enterré en los laberintos que suponen las casas de antigüedades. Incluso contemplé la idea de pasearme por los cementerios, en busca de otro espíritu atormentado con quien compartir mi curiosidad y mis investigaciones.

Entonces, con el paso de los meses, el éxito llegó en la forma de un mohoso manual en la estantería de una de esos negocios atiborrados de

antigüedades. Por fuera parecía un libro común, de lomo duro, forrado en cuero de color marrón. No tenía título, por lo tanto no lo habría encontrado de no ser por la recomendación del dueño de la tienda. Lo hojeé durante unos minutos y me encontré con dibujos exquisitos, propio de los grimorios medievales. El anciano que atendía el lugar lo entregó por un par de monedas, ignorante de su posesión. Para él no era más que un cacharro que ocupaba espacio; pero para mí, era una joya. En ese momento entendí eso de que: "La basura de un hombre, es el tesoro de otro".

Al llegar a mi departamento, desconecté el teléfono. Corrí a mi escritorio con el libro como un niñito lo haría con su juguete nuevo. Por fin estaba ante él. Las hojas amarillas y el olor rancio a épocas pasadas me dieron una satisfacción increíble. Cuando lo abrí, me encontré con un problema: estaba por completo en italiano. Pero no me rendí, salí de allí y entré a la librería más cercana. Por suerte el italiano y el español son dos idiomas de raíces latinas y con un diccionario y un poco de ingenio me las arreglaría más que bien para desentrañar el texto.

"L'incantatore esoterico", ese era el título del libro. En la primera página no había más que eso, sólo el título. El nombre del autor no aparecía por ningún lado –y no importaba; con tal hallazgo entre mis manos, no era de interés quien lo hubiese escrito. En algunos dibujos había representaciones de criaturas extrañas, en otros, de hechizos imposibles. Al traducir el texto me di cuenta de estaba escrito de una manera exquisita y poética. Entonces deduje que el autor le había dado más importancia a la obra que a su propio nombre. Los textos y las imágenes, pensé, no formaban parte más que de una construcción artística, no muy distinto de la Capilla Sixtina de Miguel Ángel o La Gioconda de Da Vinci. Pero, en el fondo, de nuevo, una vocecita insistía en que era una ventana a otra realidad, a otro mundo que se mantiene oculto a los ojos y nada más se deja ver ante aquellos que se atreven a escudriñar entre los renglones de lo mundano.

En los días subsiguientes, me detuve en cierto capítulo del libro. En el texto se prometía la receta para crear vida a partir de la transmutación de materia, lo que los alquimistas llamaban «homúnculo». Se necesitaba: un recipiente o jaula, velas negras, sangre, sal, semen y una preparación especial, además de recitar el ritual una noche de cielo cerrado. Todo eso podría conseguirlo de manera muy fácil, me dije. Hasta que llegué al final de la lista. Allí se solicitaba el cadáver de un niño de seis años –podía tener un año más, o un año menos. Algo escabroso, y obviamente ilegal. Pensé en ir al cementerio cuando las rejas se hubiesen cerrado, saltar, buscar el lugar de reposo de alguien con esas características, desenterrarlo y por

último llevármelo para comenzar mi experimento. Pero si el curador del camposanto o algún policía me atrapaban, sería el final de mis investigaciones.

Supuse que si hacía bien el cálculo con respecto a la edad, un mono serviría tan bien como un niño. Dejé la idea cocinándose en mi cabeza. Tres días después me puse en contacto con un viejo compañero de escuela, que se había convertido en veterinario del lugar. Luego de dos noches de intercambiar llamados telefónicos, accedió a mi pedido sin más excusa que «Mi sobrino está en la universidad y necesita recabar información para la clase de Anatomía». Lo llevé en mi coche, envuelto en sábanas. Era pequeño pero pesado. Y al desenvolver el trapo blanco sobre la mesa, me di cuenta de que le faltaba el pelo en ciertos lugares; el proceso de putrefacción ya había empezado su tarea.

Lo dejé en el congelador durante una semana, analizando si de verdad valía la pena. Si yo era un hombre de razón no debería esperar nada de un simple cuento sobre hechizos y encantamientos. Otra vez la voz, diciéndome que le diera una oportunidad, que recitara el cántico, y en caso de fracasar, me desharía del mono y haría de cuenta que nada había pasado.

Me había convencido lo suficiente como para sacar el cadáver de su prisión helada, arrojarlo sobre el mantel blanco y rodearlo con un círculo de sal y velar negras encendidas. Las llamas danzaban con la brisa, la luz de la luna no llegaba a atravesar el pesado techo de nubes y la mezcla yacía preparada en un frasco. La jaula estaba abierta y lista para encerrar a lo que fuese a cobrar vida ante mi atenta mirada.

Me encomendé a la tarea a la hora de la cena. Despejé mi horario de manera que no tuviera otra preocupación que no fuese el libro y lo que allí decía. A continuación me las arreglé para introducir la mezcla en el cuerpo inerte del mono, usando guantes de látex y utensilios de cocina. Todo mientras recitaba el encantamiento una y otra vez. Así lo hice durante una hora. Cuando la aguja pequeña del reloj dio dos vueltas completas, me rendí. Entonces arrojé el cuerpo del mono en la jaula, la cerré, apagué las velas y me fui a dormir.

En medio de la madrugada me despertaron unos ruidos horribles. Eran chillidos guturales y golpes metálicos. Creí que alguien había entrado; tomé el arma que guardo bajo mi almohada y salí a enseñarle la salida a mi inesperado visitante. Bajo el manto de la oscuridad no podía ver nada, pero sí podía escuchar los chillidos y los golpes. Procuré no hacer ningún ruido para no alertar al ladrón. Atiné a prender la luz y luego frené mi mano; si encendía las luces y no estaba delante de mí, estaría detrás de mí y eso no

es bueno cuando lo que quieres es dispararle a alguien. Procuré entonces pegar la espalda a la pared para evitar sorpresas y no alejé mucho el arma de mi pecho. Apuntaba hacia el ruido, mantenía mis sentidos alerta y mi dedo índice cerca del gatillo. Cuando pude localizar de donde provenía el barullo, esperé unos segundos y disparé. La detonación iluminó todo el cuarto. La bala cortó el aire y fue a pegar en la pared del otro lado. Pero no fue el estallido lo que me dejó atónito; fue el pequeño rostro asquerosamente humano mirándome fijo, a través de ojos lechosos, mostrándome los dientes y la trampilla de la jaula abierta por completo.

Me arrojé tras un sillón. Algo se arrojó contra mí. Sentía los rasguños en el rostro. Me protegí los ojos con las manos y la pistola cayó al suelo. Las pequeñas heridas comenzaron a arderme. Las uñas se enterraban en mi carne. Sabía que tenía que estirar los brazos, defenderme, atacar y terminar con eso, pero me dio asco. Sentía repugnancia de tocar a esa criatura. Gritaba y maldecía como si supiese que decir, pero sin poder hacerlo. Era un quejido articulado, casi humano. Entonces recordé el encantamiento y, antes de que pudiese darme cuenta, me encontraba recitándolo. Luego de unos segundos, los ataques cesaron.



Ilustración: Marina Arien

Corrí a encender la luz. Detrás del sillón, hipnotizado mirando la pared, se encontraba el cadáver del mono. No llegaba al metro de altura, estaba de pie y distraído, como una persona lo estaría en un museo, admirando una pintura. La pistola había caído más allá de donde se encontraba él. Cualquier intento de acercarme resultaría en un nuevo ataque. Continué con el encantamiento. Y en ese momento sentí pena. Pena por haberle dado vida contra su voluntad. Pena por los que habían pasado por su mismo tormento. Me congelé por un segundo, preguntándome qué había visto en el otro mundo, qué esperaba más allá del estertor final.

La voz en mi cabeza se transformó en mi propia voz y gritó que era verdad, y si eso era verdad, ¿qué otras cosas podían serlo, entonces? ¿A qué legiones podía traer desde otros planos? ¿Cuán grande era el poder que se encontraba en mis manos?

Me acerqué a la criatura, le rodeé el diminuto cuello con mis manos.

De mi boca salían palabras; de mi corazón, un asco tremendo. Pero no por la piel podrida que rozaba mis palmas, sino por haberme convertido en un dios inmundo, uno que había dado a luz a la corrupción misma de la vida. El nudo en mi garganta deformó las palabras que salían de ella, pero aún así no dejé de recitar. Incluso cuando sentí el chasquido de las vertebras destrozándose no dejé de hacerlo.

A continuación, con la calma que me caracterizaba, cuya fama me precedía, encendí un fósforo y convertí el libro en el montón de cenizas que siempre debió haber sido.

Ese otro mundo extraño se me había revelado, y mis ojos se habían transformado en ventanas hacia las extensiones de su dominio.

Ahora los años han nublado tanto mi cabello, que antaño fue negro, como los recuerdos en torno a ese libro. Por las noches duermo con la luz prendida, temeroso de que algún día, otro curioso como lo fui yo, encuentre otra ventana hacia aquel lugar.

Pablo Julián Vazquez es un estudiante de cine nacido en Argentina en octubre de 1994. Comenzó a poner en papel las cosas que se imaginaba tan pronto como aprendió a escribir. Declara ser un obsesivo del terror, la fantasía y la ciencia ficción. Esta es su primera publicación en Axxón.

Julia otra vez

Álvaro Morales

 **URUGUAY**

La veo entre medio de la gente. No es como tantas veces he imaginado. El tiempo no se detiene ni la peina el viento. Pero en mi pecho, como una maquinaría antigua y oxidada, un latir descontrolado se activa y me arrastra hasta el resoplido.

¡Es ella! Sacude el pelo que ya no es del mismo color y pierde la mirada entre la gente con gesto displicente. No viste de oscuro, pero han pasado diez años y el tiempo cambia hasta a las rocas más duras. Todos los recuerdos, retenidos como un valor preciado y excepcional, por sobre todas las otras cosas que se deslucen, vuelven en un instante. Todo se ajusta, ocupa su lugar. Como un proceso tácito e ignorado, pequeñas piezas se van acomodando en mí interior. La transformación ordinaria en la que la percepción se ajusta al recuerdo cumple su cometido. Pero la información y su caudal es tan fuerte que el proceso rebota y se invierte, como si los recuerdos comenzaran a adaptarse a lo que ven mis ojos. ¿Cómo saber hasta dónde llega la contaminación del deseo?

No me ha visto. No sospecha la forma en la que está por cambiar su día. Luego de todo este tiempo no sé qué esperar y, cuando un pequeño atisbo de duda parece asomar, camino a su encuentro con decisión e intentando no pensar en el abanico de posibilidades. Tan sólo una de ellas debe ser la correcta.



Ilustración: FRAGA

¡Es ella! Gira el rostro, el perfecto perfil tantas veces soñado, la sutil arquitectura, la mágica alineación de cada uno de sus detalles. Cuando nuestras miradas se cruzan me detengo. Pero su mirada es un lazo, siempre lo ha sido, y me atrapa y me arrastra por entre medio de la gente.

—¡Sos vos! —exclamo.

—No lo puedo creer —responde y se lleva las manos a la cara, en ese gesto tan característico.

—No digas nada —le digo y la abrazo.

Me mira con gesto sumiso.

—Hace diez años que espero este momento. Llegué a pensar que después de tanto tiempo la multitud amortiguaría el encanto y que seguiríamos perdidos aunque nos cruzáramos a cada rato. A veces la gente se pierde en el mismo dormitorio. Y en una ciudad tan grande… Pensé que nunca volvería a verte. Decime algo.

Sonríe.

—Siempre me enamoraron tus contradicciones —dice.

Y es cierto. Siempre dijo que amaba mis contradicciones. Y yo amaba las suyas, aunque no entendiera qué quería decir con eso.

Tomamos un taxi hasta su apartamento, mirándonos en silencio durante todo el trayecto casi como si las palabras pudieran ser un pretexto que anticipe el fracaso. Nos besamos con pasión en el ascensor, y apenas nos desprendemos para que abra la puerta. Sonrío al ver un cuadro que confunde las caras de Dylan y de Calamaro, cada una de ellas como un reflejo difuminado. Tiene plantas junto a las ventanas y una gran biblioteca

llena de polvo en donde se asoman varios discos de vinilo intercalados. Adivino en la confusión entre las sombras de los muebles y las luces que se filtran por las ventanas la presencia de un gato.

Caemos en el lecho como en cámara lenta. La voy tomando fingiendo cierta delicadeza, y luego me deslizo dentro de ella con fuerza. La tomo con firmeza desde los hombros de manera que no puede salirse. Gime y se queja, la química amenaza desbaratarse. Los años han pasado y ella está más grande, más pesada; se ha alargado, se ha teñido, ha adquirido el agrío olor del tabaco; pero es ella, al fin y al cabo ella. Y eso tal vez sea lo único que importe. Deshace mi abrazo y se aparta. Me gustaría poder decirle que no importa, que es evidente que las cosas tantas veces pensadas pocas veces salen como planeamos y que diez años de fantasía nada pueden contra un instante real. Pero me callo. Respeto este silencio que ha establecido. Supongo que ese otro momento fantaseado en el que nos contamos cómo hemos llegado hasta acá, los picos altos y los no tanto, todo, vendrá más tarde, cuando baje la ansiedad del encuentro y se enfríen las cosas.

Enciende un cigarro y me ofrece otro.

—No, gracias,

Me mira por sobre el hombro, con esa mirada que sólo saben hacer las mujeres sin ropa y desilusionadas.

—¿Lo dejaste? —pregunta.

La miro sorprendido.

—Nunca fumé.

Se ríe.

—Sí, claro.



Ilustración: FRAGA

Sospecho algo. Presiento la conversión del río en catarata.

—Que loco, Julio, vos y tus contradicciones.

Me aparto hasta el borde de la cama. Y como si un pudor fuera de encuadre se hubiera apoderado de mí, estiro la sábana hasta cubrir mis genitales.

—¿Julio? ¿Qué querés decir con Julio?

Y veo como detiene el movimiento de su cabeza, el humo queda a medio camino dentro de su boca y no sale. Es como si mis palabras hubieran armado un embrujo gracias a una impensada pronunciación y a otras combinaciones irreproducibles y ya ignoradas. Permanece petrificada, sentada en la cama y de espaldas.

—Julia, ¿qué queres decir con Julio? —insisto.

Reacciona. Se levanta de un salto y durante un instante luchamos por la sabana.

—¿Quién sos, hijo de puta? —dice y siento como si fuera a desmayarme. Porque la transformación de su rostro es tal que ya no me cabe duda: ¡esa no es Julia!

—Pensé que eras Julia —tartamudeo—. Mi nombre es Alberto.

—Y yo soy Inés. ¿Quién sos? ¿De dónde saliste? ¡Me violaste, hijo de puta!

—¿Cómo? —exclamo.

Y arroja el cigarro por la mitad, con tanta dramática puntería que me pega en el ojo izquierdo. Retrocedo aturdido por el dolor y el aroma a pestaña quemada. Manoteo el pantalón, un zapato, el otro, la camisa. Ella continúa arrojándome cosas e insultos. Intento argumentar algo ridículo mientras me pongo los pantalones. Toma el teléfono y dice que va a llamar a la policía, insiste en el delirio de la violación. Camina apresurada y abre el primer cajón del ropero junto a la cama. Sacude la mano en gesto amenazante.

¡Dios mío, ésta loca está armada!

Abro la puerta y corro por el pasillo. Aprieto nervioso el botón del ascensor y me pongo uno de los zapatos. Escucho los gritos desde la puerta entornada de la habitación a diez metros. Me siento en medio de una película de terror. La puerta del ascensor se abre justo cuando ella, en ropa interior y con gesto de poseída, sale al pasillo. Me termino de vestir en el ascensor y abandono el apartamento como si me persiguiera la muerte. Escucho golpes, portazos, o tiros, ¿cómo notar la diferencia? Me pierdo entre la gente, me mezclo, intentando parecer alguien normal, disimulando

lo mejor posible que en realidad me persigue una demente armada. ¿No nos ocurre esto a todos alguna vez en la vida? ¿Cuántos como yo disimulan cosas por el estilo, caminando entre otras gentes y fingiendo?

¿Cómo pude ser tan estúpido? Haber confundido su pelo del color del otoño con ese otro, su sonrisa, su mirada profunda y reflexiva, su olor, su sabor, todo. Haber pensado que ese caminar…, ese que veo ahora mismo, esa cintura, el vaivén de su cadencia, esos pasos que en este preciso momento veo adelante en la acera repleta de paseantes y turistas, esas piernas, el paso firme y decidido…, el caminar, que sin dudas ahora reconozco.

¿Será posible una casualidad similar?

¿Puede ser que esa que va allí adelante sea otra vez Julia?

Álvaro Germán Morales Collazo nació en Uruguay a fines de los 70 y es licenciado en Psicología. Relatos de su autoría han sido seleccionados en alrededor de treinta publicaciones, entre ellas: Alcublas 2013; Ruido Blanco 3 (2014); Ruido Blanco 4 (2015); Convocatoria Emergencias Kodama Cartonera, Tijuana, México; Escritores Acrónimos; Concurso Literario Gonzalo Rojas Pizarro.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: «REGRESO A ALBA», «STRASS DE ESTRELLAS»

Memoria histórica

Ibai Otxoa Gil

 **ESPAÑA**

Granada, año 2431

La periodista Inés Tejas desubió del aerotaxi que TVR había dispuesto para el holoportaje. El vistaje de las afueras de la poli de Granada resultaba impresionante, a pesar de que hacía unos meses se habían inundasionado de nuevo los niveles inferiores, cosa que estartaba a pasar con cada vez más frecuencia a causa de la descongelación del Ártico a pesar de los magnodiques.

Inés sacó su holograbador; bueno, el holograbador de TVR, técnicamente. Una revivida como ella difícilmente podía tener dinero para purchar su propio holograbador, era TeleVisiónRevivir quien le prestaba el equipo para sus holoportajes.

Se acercó al grupo, que tenía varias holopantallas desplegadas conectadas a escáneres de neutrinos.

—Hola—dijo—. Soy Inés, la periodista. Hablamos por hololIamada…

—Ah, sí—uno de los excavadores desvió ligeramente la mirada de la holopantalla—. ¿Venías hoy? Me he despistado.

—Eh, sí, venía…

—Hmm, uno de esos canales para revividos, ¿no? Sin ofender.

—Sí, de TVR. Eso es.

Periodista y excavador se estrecharon la mano.

—Eh, bueno, entonces mejor te explico…

—Sí, el holograbador ya está funcionando.

—Bien. Vale, éstos son los escáneres de neutrinos…

El excavador explicó con paciencia los conceptos básicos sobre la techmáquina que usaban. Sabía que TeleVisiónRevivir estaba enfocada a personas que, como Inés, habían sido revividas tras haber sido criogenizadas, a menudo en épocas tan tempranas como los siglos XXI y XXII. Por tanto, era un canal que la mayor parte del tiempo procuraba usar

la jerga de esos siglos, evitando palabras más recientes, y en sus holoportajes explicaba cómo funcionaba la techmáquina con la que las personas de esos siglos no estaban familiarizadas.

—Entonces, gracias a estos escáneres localizáis los restos—resumió Inés para el holograbador.

—Sí, eso es.

Granada, año 1936

—Nos lo acaban de confirmar —dijo el hombre de la CNT, un tipo alto y delgado, de espesa barba negra, que respondía al nombre de Sánchez—. Han tomado la ciudad. Han tomado el gobierno civil, el ayuntamiento y la puta fábrica de El Fargue. Han matado a varios de los nuestros allí.

Murmullos y gritos de incertidumbre y rabia se alzaron entre la gente de la asamblea, que Sánchez intentó acallar para seguir hablando.

—Tenemos que resistir aquí, en el Albaicín; es todo lo que tenemos. Levantemos barricadas y organicémonos como podamos.

—¿Y el Sacromonte? —preguntó alguien de la multitud—. Si nos hacemos fuertes en el Sacromonte podríamos usar la Alhambra como fortaleza.

Se oyeron murmullos de aprobación.

—¡No, compañeros! —gritó otro delegado de la CNT, el que acababa de informar a Sánchez— ¡Los fascistas ya están en la Alhambra! ¡Sólo quedamos nosotros!

—¡Pues si sólo quedamos nosotros, por nuestros cojones que los fascistas no van a pasar! —gritó un hombre. Era uno de los republicanos que habían venido desde Jaén a por dinamita, una vez sofocado allí el golpe de Estado, y se habían encontrado con una situación bastante peor en Granada.

La multitud aplaudió y comenzó a gritar algunas consignas; cada una de un color, aunque todas tenían en común el odio al fascismo. Miguel observó con estupor la situación, limitándose a aplaudir un poco. Tenía 16 años y aquello, definitivamente, le superaba.

Granada, año 2431

Una vez localizados los huesos, el grupo empezó a preparar los droidexcavadores.

—Siendo usted una revivida, ¿no conocerá…? —preguntó, sin mucho tacto, el excavador.

—¿Eh? Oh, eh, sí. Sí, mi bisabuelo luchó en la Guerra Civil. Murió cuando yo tenía 11 años, pero recuerdo que me contaba algunas historias.

—Vaya. ¿Luchó aquí…? —el excavador señaló vagamente la parcela de tierra en la que estaban los huesos.

—No. No, en Reus. Él era de Reus.

—¿Reus…?

—Eh, es una ciudad de Catalunya. En la Guerra Civil todavía era parte de España.

—Ah, claro.

El excavador sacó un vapeador e inhaló una profunda calada. Inés hizo una seña al holograbador para que enfocara mejor el despliegue de los droidexcavadores, que por fin fueron liberados.

Tenían forma de esfera pero, al caer en la tierra, comenzaron a girar sobre sí mismos al tiempo que desplegaban un mar de cuchillas y palas moviéndose tan rápido que la vista de Inés baremente podía captarlos (por suerte, su holograbador sí; y aquella secuencia quedaría muy bien en un primer plano a cámara lenta). El nivel de tierra comenzó a descender rápidamente.

Granada, año 1936

A la tarde del segundo día de asedio del Albaicín, Miguel se detuvo a descansar, agotado. Había dormido dos ratos de hora y media, aproximadamente; el resto del tiempo había estado ayudando a levantar barricadas y llevando suministros de un lugar para otro.

Sánchez se le acercó. Había sido uno de los que más había estado coordinando la defensa.

—Eh, compañero —le dijo—. ¿Estás bien?

—Sí. Sí, claro.

—Descansa un poco; has trabajado muy duro, y eres muy joven. ¿Dónde están tus padres?

—Mi padre es de UGT. Mi madre, feminista. Si no han vuelto a casa, es que los fascistas ya les tienen.

—Joder.

Sánchez permaneció unos segundos en un silencio tenso, acariciándose la barba. Finalmente, se llevó la mano al cinturón, sacó una pistola y se la tendió a Miguel.

—Toma. Para que puedas vengarlos.

Granada, año 2341

—¿Y pagan bien por ese trabajo?



Ilustración: Pedro Bel

Inés intentaba probar suerte con otros excavadores. Éste otro parecía más amable, y estaba respondiendo con naturalidad sus preguntas mientras los droidexcavadores hacían su trabajo.

—Sí, si los resultados son buenos sacaremos unas 3000 criptonedas por cabeza, sin contar el mantenimiento del equipo, los escáneres de neutrinos y los droidexcavadores. Pero al final dividimos a partes iguales y quedarán casi 2800 criptonedas para cada uno…

—¿Qué hará con ellas?

—Bueno, aparte de los gastos mensuales… ya sabe, la hipoteca y recargar la impresora 3D… tenía pensado purchar un neurojuego de acción. El Dark Crusader III, ya sabe, inspirado en la Edad Media y eso pero con hechiceros.

—Claro. Muchas gracias.

Inés se alejó paseando del excavador mientras hablaba a su holograbador, consciente de que parte del público de TVR acababa de despertar de la criogenización y estaba familiarizado con otros conceptos de videojuegos.

—Los videojuegos actualmente son muy distintos a como eran en el siglo XXI, y se dividen en holojuegos y neurojuegos. Los holojuegos funcionan de manera más parecida, como una especie de videojuegos con

tecnología de holovisión, pero los neurojuegos son más complejos: se conectan directamente con el CRAV, el Chip de Realidad Aumentada y Virtual que el 65% de la población tiene implantado en la nuca.

Los droidexcavadores empezaron a disminuir su ritmo y aumentar la precisión, ya que estaban llegando a la zona con huesos y no debían dañarlos por error. Inés aprovechaba para continuar su explicación.

—El CRAV conecta directamente con el cerebro, de tal forma que tiene un control casi absoluto sobre los cinco sentidos, y puede transmitirles información tan real como la vida misma. Naturalmente, hay algunos límites legales: por ejemplo, el límite de dolor, que varía según cada país, pero normalmente es ilegal ejercer a través del CRAV un dolor superior al 5 % de lo que pueden captar los sentidos humanos, salvo excepciones como interrogatorios a terroristas. De esta forma, un neurojuego puede hacer que realmente te sientas en la Edad Media con todos los detalles: todo lo que ves, lo que oyes, lo que hueles, lo que saboreas y sientes es indistinguible de la realidad, lo que proporciona una experiencia con un nivel de inmersión con el que cualquier gamer del siglo XXI lloraría de felicidad. De hecho, los neurogamers suelen preferir que los enemigos, al atacar a su personaje, produzcan cierto daño, aunque, como decíamos, legalmente no puede superar el 5% del dolor que puede percibir una persona y, de hecho, la mayoría de neurojuegos tienen su límite en un 3%. El CRAV es uno de los elementos que más nos suele sorprender a la gente que revivimos, por sus inmensas posibilidades; el neuroporno es uno de los mercados que más dinero mueve en el mundo, ya que ofrece una experiencia indistinguible del mundo real pero con la ventaja de poder elegir parejas más atractivas y más complacientes. De ahí que mucha gente prefiera el neuroporno a las antiguas relaciones, lo que explica por qué la tasa de natalidad ha descendido tanto. Por supuesto, tanto el CRAV como cualquier neurojuego o neuroporno son muy caros. Un neurojuego puede costar unas 3500 criptonedas, casi 9 veces el salario mínimo; por eso, mucha gente no puede acceder a ellos y la gran mayoría tiene que ahorrar durante varios meses.

Los droidexcavadores parecían ir aislando los primeros huesos.

Granada, año 1936

—¿No te irás? Siendo mujer, tienes posibilidad de que te perdonen.

—Que me vayan a dejar viva no significa que me vayan a perdonar. Son fascistas. ¿Sabes lo que hacen con las mujeres?

—Lo imagino, compañera, lo imagino.

Era el tercer día de asedio del Albaicín. Los sublevados habían anunciado por Radio Granada un alto al fuego durante tres horas, para que los atrincherados consideraran la posibilidad de rendirse, y las mujeres y los niños pudieran salir y ponerse a salvo. Efectivamente, muchas mujeres y niños se habían ido, pero otras, como Verónica, prefirieron quedarse allí.

Sánchez suspiró, liándose uno de los últimos cigarrillos que quedaban.

—Estamos totalmente aislados del exterior. Aún si en el resto de Andalucía derrotan a los golpistas, es poco probable que vengan aquí a ayudarnos en los próximos días, y no resistiremos más de unos días. Pero tenemos que pensarlo fríamente: en el mejor de los casos, vendrán a ayudarnos y derrotaremos a los fascistas. En el peor de los casos, caeremos llevándonos por delante a todos los fascistas que podamos. Al menos mataremos a unos cuantos, y que se enteren ya de que no hay un Cielo en el que un señor con barbas les vaya a recompensar por su cruzada.

Miguel miraba a uno y otro lado, tratando de seguir una conversación que aún no estaba preparado para asimilar. ¿Iba a morir allí? Los demás parecían decididos.

Se fijó en Verónica. Era una mujer de unos 25 años, piel curtida por el sol y pelo moreno cortado un poco por encima del hombro. Su camisa estaba manchada de barro de haber ayudado con las barricadas, y llevaba un fusil a la espalda. Miguel la conocía de vista, de verla por la calle; y nunca la habría imaginado así. Era curioso ver a vecinos de toda la vida, a los que siempre veía en condiciones tan… normales, metidos ahora en un combate a vida o muerte.

La tregua terminó. Un silbido surcó el cielo, trayendo consigo una bomba que explotó contra un edificio. A unas manzanas de distancia, otra bomba caía sobre un tejado, y una tercera en la calle, matando –esta vez sí- a varios republicanos.

—¡Cuidado! —gritó Sánchez, empujando a Miguel.

Una oleada de escombros cayó en el sitio en el que había estado el joven. La bomba le había paralizado y ni se había dado cuenta del derrumbamiento que iba a provocar. El sindicalista se sacudió el polvo de la ropa.

—Venga, que queda mucho combate por delante.

Granada, año 2341

Conforme los droidexcavadores iban aislando los restos, los excavadores

fueron upiéndolos a la superficie. Inés se aseguró de que el holograbador captara todo bien. Algunos del equipo se centraron en una techmáquina que no habían necesitado hasta ahora.

—Ahora tenemos que usar el logaritmo—explicó une excavadore que no parecía tener un género binario, tocando las holopantallas.

—¿En qué consiste? —preguntó Inés.

—La ICC —Inés tomó nota de que tendría que añadir un fragmento explicando al público de TVR qué era una Inteligencia Calculadora Cuántica— trabaja con una ingente cantidad de datos, que incluye registros y testimonios de la época, partidas de bautizos, datos demográficos, ADN de descendientes… Mezclando todos esos datos puede calcular de forma casi exacta a quién pertenece cada hueso, y así identificaremos correctamente los restos y esto nos helpará a reconstruir lo que pasó aquí. Mira, ya está arrojando results. Esos restos son de Fernando Sánchez, un delegado del sindicato anarquista CNT.

Granada, año 1936

A la tarde del cuarto día, la resistencia había sido diezmada por los bombardeos. Sánchez, Verónica y Miguel se encontraban a cubierto tras un muro. Probablemente no eran los únicos que quedaban con vida; pero, desde luego, no podían ver a los demás. Caída la noche, los fascistas entraron en el Albaicín a pie. La única posibilidad de quienes quedaban era aprovechar la oscuridad para tenderles una emboscada.

—Aquí vienen… —susurró Sánchez cargando su fusil.

Salió tras el muro y disparó una vez, dos, tres. Una lluvia de balas le contestó desde el otro lado, tirándole al suelo herido de muerte.

—Muerte al fascismo, y que viva la anarquía —susurró antes de toser un borbotón de sangre y quedar muerto en el sitio.

Desde donde estaba, oculto para los fascistas, Miguel derramó una lágrima, más de terror que de pena por un hombre al que, al fin y al cabo, había conocido hace apenas tres días. Vio a los sublevados avanzando hacia el cadáver de Sánchez. Le iban a descubrir. Se giró para ver la reacción de Verónica, pero ésta había desaparecido sin dejar rastro.

—No puede ser —susurró.

Sí pudo, pero la desaparición era una noticia mucho mejor de lo que Miguel esperaba, considerando que se debía a que Verónica había aprovechado la distracción provocada por Sánchez para escabullirse hasta

las ruinas de un edificio más alto, desde donde tiró una granada de mano contra el grupo de militares.

El artefacto explotó llevándose al instante la vida de uno de los sublevados, y buena parte del cuerpo de otros tres. Dos de ellos salieron despedidos, otro directamente había perdido las piernas. Estaba en el suelo, empapado en sangre, llorando y tratando de rezar a un dios entre cuyos mandamientos estaba un "no matarás" que él no había cumplido correctamente.

Verónica apuntó con un fusil y remató a los dos heridos leves y al único que no parecía haber sido afectado por la explosión. Al que había perdido las piernas lo dejó desangrándose en el suelo. Cinco fascistas menos.

Naturalmente, las razones para alegrarse no duraron mucho. Atraídos por la explosión, otros grupos de fascistas empezaron a llegar; Verónica disparó contra ellos y llegó a herir a otros dos soldados antes de caer acribillada.

—Maldita zorra roja —gruñó un teniente, para inmediatamente después, escupir sobre su cadáver—. ¿Y qué tenemos aquí?

Miguel se dio cuenta que desde aquel ángulo sí había sido descubierto. El teniente le había visto: acurrucado y tembloroso, un muchacho de 16 años que apenas aparentaba 14. No le había visto, desde luego, como una amenaza.

—Levanta, chaval —ordenó el teniente—. Cuéntanos lo que ha pasado.

Miguel titubeó.

—Venga, joder. Creéme, no merece la pena morir por la República.

—No por la República —murmuró Miguel sacando la pistola que Sánchez le había dado—. Por mis padres.

Y disparó una sola vez contra la cabeza del teniente sublevado, matándole al instante. El resto de militares reaccionaron un segundo tarde y le acribillaron un segundo después. El joven murió desangrado en el suelo.

Granada, año 2341

—Éste debe de ser Miguel de la Fuente… —continuó le excavadore—. Y ésta, Verónica Carmona. Bien.



Ilustración: Pedro Bel

El holograbador de Inés zumbaba alrededor; ya estaba terminando el reportaje.

—Una última pregunta —dijo la periodista—. ¿Cómo os sentís respecto a esto? ¿Creéis que recuperar los restos ayudará a sus descendientes a cerrar heridas familiares?

—¿Cerrar heridas familiares? —le excavadore miró a Inés, perpleje.

—Sí, bueno, eso es lo que pretendíais, ¿no? Dar un cierre a este capítulo de la historia de España…

—No, debe de haber algún error. Pensaba que ya te habían informado cuando viniste a cubrir el holoportaje aquí —explicó le excavadore—. Quien nos ha contratado es NPD, NeuroPlaysDreams. Lo que quieren es información detallada para reconstruir lo que pasó aquí y hacer un neurojuego sobre la Guerra Civil Española. Los neurojuegos mueven mucho dinero, ¿sabes? Y la gente que los juega quiere que sean los más realistas posibles. La idea es que en esta misión, el jugador maneje a uno de los republicanos atrincherados en el Albaicín.

—Oh. Pensé que… bueno, como llevaban siglos sin identificar…

—Precisamente por eso, a nadie le importan ya —se encogió de hombros—. Si no nos subvenciona una compañía de neurojuegos, no sé quién iba a hacerlo. El Gobierno, desde luego no. En los últimos cuatro siglos, poca gente ha estado realmente interesada en “cerrar heridas”… si a la gente le importa la historia, es por entretenimiento.

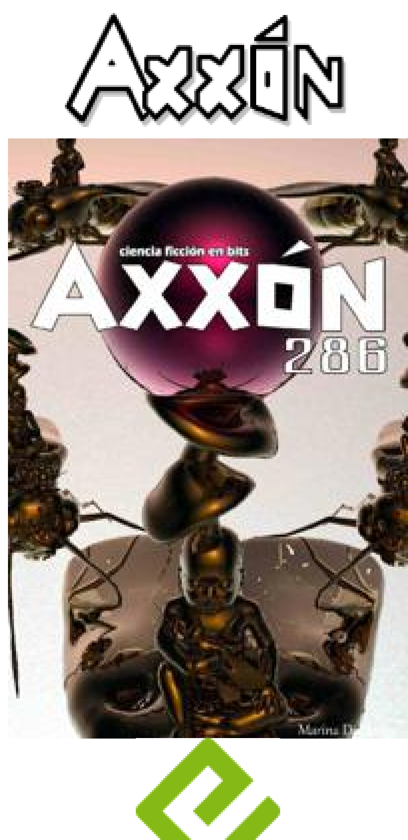
Ibai Otxoa Gil (1993), graduado en psicología y especializado en drogodependencias, escribe tanto ficción como artículos o ensayos sobre diversos temas. Escribe regularmente en su blog, Kallixti, e irregularmente en muchas otras webs, revistas digitales, blog o sobre papel. Entre éstas se encuentran *Ultratumba*, *Exégesis*, *MiNatura*, *Espacio Ulises*, *Furor TV*, *Penumbria*, *Nueva Revolución* o *Freak!*.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: «LA BALADA DE HOLOMMIR»

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Francesc Barrio, Carlos Eugenio Belisle, Gustavo Courault, Marcelo De Lisio, Carlos E. Ferro, Marcelo Huerta San Martín, Ricardo Manzanaro, Andrés Nieto Bugallo, Carlos Daniel J. Vázquez, Pablo Vigliano





Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**